



Justo Márquez Muñoz-Tebar.

Un hombre imaginativo y de ideas originales*

Justo Márquez Muñoz-Tebar. An Imaginitive Man of Original Ideas

Álvaro B. MÁRQUEZ-FERNÁNDEZ

Doctorado en Ciencias Humanas, Universidad del Zulia.

Maracaibo, Venezuela.

RESUMEN

En esta ponencia se presenta desde una perspectiva de la historia de vida, el mundo sintiente de un académico que siempre pensó sin dogmas y actuó sin censuras, dentro y fuera de la Universidad. En bien de un diálogo con los otros que no cesaba de juzgar como crítico y heurístico. La única manera de ser auténtico para Justo Márquez Muñoz-Tebar, era mantener el compromiso existencial con la verdad que se crea y convive en libertad. Todavía hoy su voz sigue siendo una voz que nos habla a diario para decirnos cuáles son las señales que ha dejado en nuestro camino.

Palabras clave: Justo Márquez Muñoz-Tebar, biografía, universidad, pensamiento.

ABSTRACT

This thesis is presented from a historical life history, the conscious world of an academic whose thoughts were not dogmatic nor censured, neither within or without the university. It was a dialogue with others who never hesitated to judge him as critical and heuristic. The only way to be authentic for Justo Marquez-Tebar was to sustain his existential pact with the truth that is created and exists in liberty. Even today his voice is heard, a voice that speaks to us daily and which tells us how to discover that we have lost our way.

Key words: Justo Marquez Muñoz-Tebar, biography, university, philosophy.

* Ponencia presentada en el Foro homenaje a Justo R. Márquez Muñoz-Tebar, en el marco de las Jornadas sobre “Soberanía Tecnológica”, Proyecto de desarrollo nacional AIT-PDVSA, Maracaibo, 6 de julio de 2004.

Para don Eucario Niño Valero

Desde nuestro encuentro, a principios de los años '80, hasta nuestro último re-encuentro, a mediados del mes de junio de 1998, en una asamblea general de la APUZ que se realizaba en el auditorium Alí Primera de la Facultad de Ingeniería, a poco menos de un mes antes de partir de este mundo al que enfrentaba todos los días con una extrema lucidez de conciencia y una templanza de estoico carácter, su contundente palabra y su efusiva emoción por la vida, enseguida me hizo saber que estaba frente a un hombre que había descubierto con toda intención su manera de afirmarse en el mundo a través de la lógica del pensamiento y la hermenéutica del lenguaje, con el firme propósito de comprender críticamente el sentido y el significado de nuestras acciones en una sociedad que es necesario desentrañar.

Fueron muchos años de atenta escucha en entrevistas privadas y participaciones públicas, lo que nos inspiró a aproximarnos a este investigador acucioso que se convirtió por naturaleza propia en un filósofo de la pregunta socrática por excelencia. A ningún otro personaje mejor que a él podemos aplicar le la definición más clásica de la palabra “philosophos”, es decir, el que “piensa con sabiduría”. A la que le dedico su búsqueda y que con toda seguridad encontró en un medio ambiente regional y nacional donde la academia no le aseguraba ni le hacía posible su hallazgo. Sin embargo, al final de sus días con su ejemplo y gallardía medieval de tanto luchar contra “molinos de viento”, venció a la apatía, la abulia, y la adversidad que le acompañó como sombra en su destino de sabio incomprendido. Se realizó a través de algo que muy pocos llegan a lograr: la simpleza de corazón que tienen los que aman con la razón, y lo razonable que es quien alcanza después de mucho ejercicio heurístico un modo de pensar cada vez más universal y particular acerca del hombre y sus problemas humanos.

Justo Márquez Muñoz-Tebar fue alguien que llegó a la filosofía sistemática desde la filosofía natural de la ciencia, con el propósito de desarrollar su pensamiento reflexivo y humanístico. Recuerdo muy bien aquella mañana que entró en la Secretaría de la Escuela de Filosofía, y con su voz afinada y resonante me dijo sin espaviento alguno unas frases muy parecidas a éstas:

Estoy en busca de un filósofo (...) estoy convencido de la importancia de la filosofía para este país. Necesitamos pensar de otra manera muy diferente a la que hemos tenido durante más de 500 años de colonización. Estamos metidos hasta el cuello en una escolástica que no nos hace más libre. La Iglesia y las oligarquías de este país nos han convertido en un pueblo de penitentes y de sumisos. La Universidad continúa siendo una contradicción en sus propios términos. No hay claridad en nuestras autoridades rectorales, no tienen un proyecto político para desarrollar el Estado nacional que nos hace falta. Somos presas del oportunismo y del corto placismo. Yo llego a la Filosofía por mera necesidad, porque necesito de interlocutores válidos...

Se vale de la precisión formal y conceptual de las ciencias analíticas para entender el desarrollo del conocimiento experimental y cuantificatorio, pero no para dejarlo en el aire especulativo y abstracto de las formulas y los procedimientos de verificación y validación

de la realidad; por el contrario, procede desde el punto de vista filosófico para buscar cuáles son los fundamentos ontológicos y axiológicos del pensar epistémico sobre el que se construye el conocimiento de la realidad material e histórica de las ciencias.

Eso lo lleva a franquear las fronteras disciplinarias de la ingeniería mecánica, hacia una filosofía de la ciencia y de la técnica, hacia una filosofía de la historia y de la cultura, hacia una crítica del Estado social y de las deficiencias de nuestro sistema de relaciones productivas. Ve y siente la Filosofía como imprescindibles ésta le da mayor curso satisfacción a su sed de conocimientos y a su inagotable imaginación. Su angustia existencial lo llevaría a la larga a la Escuela de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Educación, y a esos otros espacios de la Universidad del Zulia en los que la Filosofía política, del derecho, social, no sólo se hace pensamiento sino también una acción transformadora en cada una de sus praxis particulares.

Era un convencido de que los cambios históricos eran cambios no sólo culturales en el mejor sentido hegeliano de la fenomenología del Espíritu, sino también, cambios inducidos por la condición material de las relaciones económicas de la producción y las biogénicas de la evolución. En eso se distinguía su concepción marxista de la historia del marxismo clásico, pues integraba en la teoría del conocimiento materialista elementos biológicos y genéticos, además de los propios de la transformación de la tecnología como instrumento de control y dominio sobre la naturaleza. Aquí su discurso se volvía hacia la política y entendía el desarrollo y la investigación científica de una sociedad y de una universidad como responsabilidad no sólo del Estado sino de todos los ciudadanos. No cesaba de repetir que nuestra dependencia tecnológica no era un problema de inteligencia para crear o construir, sino un problema de valores culturales y de ideología. Los problemas que plantea el desarrollo científico y su aplicación técnica en los países de la América Latina, será entre otros problemas, el eje central de su reflexión epistemológica. Al desarrollo de sus tesis antidependentistas encausa su experiencia de ingeniero mecánico, explicando la evolución de la máquina en la historia de la humanidad como una respuesta que da el ser humano en su conquista del medio ambiente, destacando que la técnica debe estar siempre al servicio del bien común de todos, y no de intereses particulares.

En aquellos años se perfila como un auténtico científico natural, que es capaz de volver sobre la realidad del conocimiento a partir de los condicionamientos sociales y políticos sobre los cuales se legitima el poder de la ciencia, en la medida que ésta es entendida como orden constituyente de la racionalidad y sus fines hegemónicos o liberadores. Son muchas las reflexiones que lo estimulan a formular los principios de su teoría antihegemónica sobre la ciencia y la técnica y muchas más las lecturas filosóficas que lo nutren.

En mi última conversación con él, me refería la importancia que descubriría en las semánticas formales, para estructurar un lenguaje científico lo suficientemente coherente en su aspecto lógico, que nos permitiera evitar la construcción de pseudo problemas. Es decir, para Justo Márquez debíamos aprender a pensar desde un orden del lenguaje que tuviera que ver con nuestros procesos históricos (estaba muy bien informado de la valía de la filosofía latinoamericana de la liberación), fundamentando de la mejor manera las categorías, los conceptos, los términos, con los cuales intentamos pensar la realidad. No habría otra forma de comprender la realidad que nos sirva de soporte y sobre la cual realizar nuestro futuro.

El grado de madurez intelectual que alcanzó en los últimos 15 años de su vida, le daba la oportunidad de intervenir con esa autoridad de sabio que ya lo precedía y era del reconocimiento público, entre unos y otros. Es decir, entre unos pocos sus aliados y entre los

otros, los que se le oponían y nunca le perdonaron lo lacerante de su discurso y esa agresión natural de la que se vale el sabio para cuestionar, advertir, señalar, y para crear las responsabilidades éticas y morales que surgen de la participación ciudadana en la sociedad y en la universidad.

Estos son temas esenciales para quienes se interesen en estudiar su pensamiento. Primero, por la densidad conceptual y analógica con la que Justo Márquez organizaba sus ideas, que inicialmente desconcertaba al interlocutor al dar la falsa apariencia de una incoherencia metodológica en su forma de relacionar diversos objetos de conocimiento a partir de la síntesis tan particular con la que entendía los problemas; segundo, por la desbordante retórica con la que argumentaba sus diversas posiciones críticas, sin dejar de lado la original dialéctica que le permitía sacar a la luz las conclusiones lógicas de sus razonamientos.

A diferencia del docente y del investigador de profesión que ha caído en la trampa del academicismo y del pedagogicismo, que inutiliza la capacidad creativa del individuo por medio de programas de aprendizaje altamente instrumentales y de los que no es posible lograr respuesta para responder a los problemas de la realidad; él, con una visión transdisciplinar y compleja, entiende la investigación científica y humanística dentro de una academia pública que sea capaz de integrar la visión humanística del saber con la moral ciudadana, donde la ética debe responder a la conflictividad política que se genera entre la sociedad civil y el Estado.

Su actitud iconoclasta lo llevó por las sendas cada vez menos transitadas de quienes se deberían identificar con los ideales utópicos y los fines trascendentes de la comunidad universitaria. Su actitud distó mucho de quienes dizque hacen investigación y docencia, cuando en realidad se alimentan del proselitismo político y la demagogia de elecciones. Frente a éstos y otros como éstos, siempre levantó su tildada voz para denunciarlos y fustigarlos con la palabra honesta y sin ditirambos y la claridad argumentativa que siempre lo caracterizó.

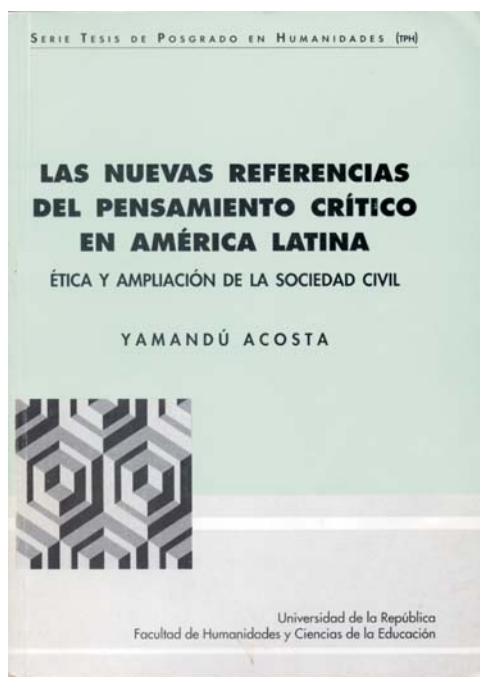
Su compromiso con la Universidad lo asumió en todo momento y ante cualquier desafío, enfrentando las deslealtades y las traiciones contra alguien que no cesaba de identificarse como un miembro más del claustro universitario, pero que nunca dejaría de renunciar a su derecho al diálogo, en la medida que sólo a través del diálogo consigo mismo y más con el otro, es que la realidad que nos sirve de entorno puede ser comprendida e interpretada. No cesaba de decir que la democracia universitaria estaba representada en la capacidad de deliberación de las Asambleas de Facultad, pues sin ellas perdíamos nuestra condición de académicos y dejábamos la puerta franca al oportunismo y a las componendas.

Por estas razón y muchas otras, Justo Márquez no deja de fustigar con toda esa fuerza pasional y la vehemencia que lo caracterizaba, la concepción bonapartista y enciclopedista que seguía privando en nuestras universidades, la funesta escisión entre el conocimiento científico y el humanístico, la ideologización de la universidad a través de los partidos políticos, la carencia de autoridad que sufre la universidad por no contar con el suficiente personal académico probo y respaldado por un aval científico y humanístico de primer orden.

En estas tareas primarias y fundamentales, señaladas a grandes rasgos, es que Justo Márquez Muñoz-Tebar hace tránsito por los salones de clases y pasillos de todas las Facultades, por los espacios de mayor convocatoria para la discusión desde los departamentos, consejos de Escuela, hasta las asambleas gremiales, donde la fortaleza de su voz imperaba sobre el murmullo y el bullicio propio de la ignorancia y la burla. Aún está por saldarse la

deuda que tenemos todos los universitarios con este colega y amigo, a una forma de pensar, ser y estar, hablar y comunicar, a la que nadie era extraño o inocente.

Si en algo Justo Márquez Muñoz-Tebar se caracterizó, fue que nunca dejó de pensar en voz alta, muy alta, para que no quedasen dudas de quien hablaba y a quien le hablaba: su discurso era incisivo y frontal, no cabía la ambigüedad o la incertidumbre. Pero lo más singular era su nobleza para aceptar los errores y esa confianza que le producía la lealtad de quienes se reconocían en sus palabras. Siempre hizo un punto de honor ese compromiso de no dejar nunca la verdad a la sombra de la mentira y la falsedad de los otros.



Yamandú Acosta nació en Montevideo en 1949. Es Profesor de Filosofía, egresado del Instituto de Profesores "Artigas" (1973) y Magíster en Ciencias Humanas-Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (2001). Profesor Adjunto e investigador del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos de la misma Facultad, Profesor Agregado de Historia de las Ideas de la Facultad de Derecho, Profesor de Historia de las Ideas en América del Instituto de Profesores "Artigas", Profesor de Filosofía en Enseñanza Secundaria. Ha publicado artículos en Alemania, Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, España, México, Uruguay y Venezuela.

En el campo de los estudios latinoamericanos, este libro expone una investigación que argumenta a favor de la tesis de la centralidad de la sociedad civil como el lugar social en curso de articulación y ampliación, que el pensamiento crítico en América Latina ha privilegiado como objeto de análisis en las dos últimas décadas del siglo XX y de la del protagonismo de la reflexión ética vinculada a esos procesos, como el lugar teórico de la crítica. Entre las colapsadas filosofías de la historia y de la ideología del fin de la historia, que enmarcan una profunda crisis de racionalidad, sentido y legitimidad, el análisis comparativo de la producción teórica de significativos representantes de dos comunidades de cientistas sociales en América Latina, apunta a fundamentar la tesis indicada, con la finalidad de aportar problemáticamente insumos que permitan vislumbrar y desarrollar perspectivas alternativas razonables a la señalada crisis.

*(Ver reseña de Álvaro Márquez-Fernández en el **Librarius** en la pág. 119).*
